

vinculada a la Tradición apostólica; *Soli Deo Gloria*, en una obediencia a la autoridad eclesial instituida por Cristo que supera el individualismo y subjetivismo religioso.

En definitiva, hay una llamada a la conversión para todos. La trágica historia del protestantismo re-orienta constantemente los pasos de sus hijos hacia la reinserción en la única Iglesia⁷, mientras que los fieles católicos son llamados a redescubrir la belleza de su fe superando la indolencia y dejadez en gratitud al don recibido. Esta conversión de los católicos a una mayor autenticidad de vida hará más fácil el que todos los cristianos puedan sentarse algún día en la única mesa sagrada que la Sabiduría de Dios ha preparado para todos sus hijos.

Carolina Blázquez Casado – Monasterio de la Conversión – 05420 Sotillo de la Adrada (Ávila)

CLÉMENT, O., *Teopoética del cuerpo. Carne mortal destinada a la gloria*. Traducción de Mercedes Huarte Luxán (Ediciones Sígueme, Salamanca 2012). 141 pp. ISBN: 978-84-301-1957-8

Recibo con inmensa satisfacción la publicación de este libro de Clément, uno de los pensadores más originales de la tradición Ortodoxa en Occidente, por medio del cual nos quiere ayudar a tomar conciencia del valor de nuestro cuerpo dentro de la armonía del cosmos y a la luz del cristianismo, religión de la carne en virtud de la Encarnación. Cuerpo que, en efecto, a la vez oculta y manifiesta a la persona en su existencia total. Carne limitada, que hace del hombre portador de una libertad envuelta en fragilidad: por ella se abre, o puede cerrarse, a la acción vivificante del espíritu.

Recogiendo la herencia más hermosa de los Padres de la Iglesia, el autor se abre también a lo mejor de los pensadores contemporáneos, de Occidente y de Oriente, para redescubrir el valor unitario de la persona humana. En el rostro, las manos, la fatiga o el dolor, Clément interpreta la ambigüedad del propio mundo que nos rodea: imagen del Dios-carne, nuestro cuerpo es también materia de pecado y limitación:

7 Esta eclesiología de reinserción y regreso a la Iglesia Católica como única Iglesia de Cristo que Bouyer desarrolla en el capítulo X y que está implícita en el mismo título de la obra ha sido criticada por B. Lesoing como postura unionista y apologética: *Vers la plénitude du Christ. Louis Bouyer et l'oecuménisme* (Paris 2017). Creo que es necesario recordar que estamos ante una obra de juventud del autor, la eclesiología de Bouyer alcanzará su madurez en el volumen *L'Église de Dieu. Corps de Christ et temple de l'Esprit* (Paris 1970), donde expondrá la idea de la plenitud hacia la que la Iglesia se encamina en una perspectiva escatológica. En este camino hacia la plenitud, las otras Iglesias y confesiones cristianas tienen una misión, una riqueza que aportar para despertar aspectos de la Iglesia de Cristo que están dormidos o soterrados en la Iglesia católica.

“En la temporalidad mortal del cuerpo, una gota de eternidad da plenitud al instante en que todas nuestras venas se llenan de existencia” (p. 17). También esta radical antinomia vale cuando se trata de la relación con los otros (la mentira o la violación, la esclavitud o la aniquilación no hacen sino desfigurar, en el otro, la imagen de Dios) y con el cosmos que nos rodea (por el trabajo, el arte o la celebración puede el hombre salvarse a sí y al mundo, o acabar con él).

No sucede así con el cuerpo vivo de Cristo, Dios hombre que asume la existencia corporal. Libre de toda opacidad, el cuerpo de Cristo hace presente a la humanidad entera, asumida y liberada por el amor. En Él recibe toda persona, también la tierra, su más profunda sanación, pues en Él lo carnal y lo espiritual se identifican para siempre. Al decir de Bulgákov, la tierra ha devenido un inmenso Grial en el que, vertida la santa sangre, el mundo entero se purifica. La liturgia, celebración mística de ese encuentro, permite a cada hombre su personal participación. En cada rito, incluso en sus espacios sagrados, los signos nos sumergen en la Transfiguración: no se trata de algo mágico, ni de una vuelta a empezar, sino de la bendición de Dios que desciende sobre el mundo, para transformar los frutos del mundo. Cristo es el gran símbolo que roto, y recompuesto, une el cielo con la tierra. Ahora todo vuelve a su primigenia condición, y el mundo y el hombre resultan, en el sacramento, “consagrados”.

La ascesis cristiana –la *metánoia* o conversión– mira a purificar los elementos de muerte que en nuestro cuerpo se asientan, impidiendo reflejar el original del que todo hombre es imagen: el rostro de Dios. Si el pecado ha significado la dislocación del “sentido del corazón”, su reunificación por la gracia pasa por una profunda experiencia de oración: la oración del corazón envuelve al hombre, y lo convierte en templo Espiritual donde tiene lugar la gran liturgia cósmica por la que se ofrece a sí mismo –y al mundo– a Dios. “La salvación exige el desciframiento, la ascensión, la ofrenda del universo” (p. 50).

Dicha ascesis solo se comprende bien desde la perspectiva de la resurrección de la carne. La ascesis permite superar la relación objetiva con el mundo y convertirla en una donación de amor, superar una corporalidad posesiva y transformarla en la gloria de Dios. La resurrección de Cristo abre el deseo carnal que todo hombre lleva dentro hacia el océano inmenso de la eternidad de Dios, y transfigura el eros del corazón en un profundo ágape liberador.

Ahí es donde encuentran su sitio el ayuno y el silencio: si en la cuaresma original significaron para el Nuevo Adán, Cristo, la victoria sobre las tentaciones, en nuestra cuaresma existencial nos ayudan a esperar su venida gloriosa final; el ayuno modifica nuestra relación con Dios creador y, por tanto, también la que tiene el alma con el cuerpo; el ayuno favorece la conversión porque, refrenando las pasiones, eleva nuestro espíritu a Dios. Privarse del alimento corporal –signo del auténtico ayuno espiritual– es reconocer que, en el fondo, el destino definitivo del cuerpo está en Dios. Cabe también ayunar de la voluntad de poder, de cualquier frivolidad que se traduzca en limosna y castidad; y cabe ayunar de toda palabra vana y superficial, por medio de un silencio misterioso en el que resuene la palabra de Dios.

La sexualidad, en el cristianismo, implica toda la persona y no solo su corporalidad. Poco tiene que ver el verdadero amor con el mero deseo o la repentina atracción. Amar significa descubrir y servir la alteridad del otro, en la comunión de dos almas –y no sólo de los cuerpos– por la recíproca donación: comprendiendo al otro en su duración temporal u ofreciendo la vida como fecundo y voluntario don.

No falta en el libro una reflexión sobre el matrimonio, sacramento del amor, milagro de una relación humana convertida, por la gracia, en vino nuevo de evangelización, y que introduce a los amantes en aquella “incandescencia mística” (p. 84) propia del amor de Dios. Por él se hace posible la fidelidad, hasta el final; por él descubre cada uno en el otro el profundo rostro de Dios, como su revelación. También la ascesis propia de la pareja hace que emerja la trascendencia de la persona por encima de una sexualidad desordenada o anónima; y el ejercicio de la virtud hará reconocer, en el tú enamorado, la presencia humilde del Tú absoluto de Dios. La castidad, sin eliminarlo, integra el impulso sexual en un verdadero encuentro personal.

También acerca del aborto (y otros problemas) nos ofrece el autor una última meditación. Aunque de éste se haga, socialmente, una operación inocua para el cuerpo, nunca se convertirá en algo inocuo para el alma femenina de la madre: “Una mujer que recurre al aborto, afirma Clément, se arriesga a destruir su propia estructura espiritual” (p. 94). Aun cuando el libro reconoce la dificultad para imponer unas leyes civiles según el espíritu del evangelio, o incluso lo ambiguo que resulta hablar de la ley natural, se presenta el dinamismo espiritual, propio de los creyentes, como el único contexto personal en el que poder luchar contra esta grave enfermedad moral.

Aunque califica de barbarie algunas de las prácticas que la sociedad ejerce en el ámbito de la sexualidad, no queda claro, en cambio, la calificación moral de algunas prácticas como los medios anticonceptivos, la anticoncepción artificial homóloga, la píldora o el recurso a las madres de alquiler, pues la evocación del papel subjetivo de la conciencia lo deja confuso. Resulta inquietante, cuando menos, la afirmación siguiente: “La Iglesia debe hacer comprender a los hombres y las mujeres que el amor es posible (...) Más allá de esto, si un hombre y una mujer se aman verdaderamente, no tengo que entrar en su alcoba, «todo lo que hacen es santo»” (p. 99). El autor condena toda suerte de abuso biológico y moral que encontramos en este terreno hoy en día, pero no deja claro dónde comienza la frontera de lo que la moral cristiana entiende precisamente por abuso; de modo que, en nombre del amor, se justifica la fecundación *in vitro*, por ejemplo. Al fin, lo que se cuestiona, en nombre del amor, es la existencia firme de la naturaleza con sus leyes inapelables. No se puede despachar el debate moral simplemente porque se “aleja o huye de lo esencial”. Aquí es donde, a mi parecer, reside lo más cuestionable de este precioso libro, para un católico que intenta ser fiel a la doctrina moral de la Iglesia.

El antiguo pudor ante el sexo, afirma Clément, ha sido sustituido por un pudor no menor ante la muerte. Nunca ha sido la muerte tan rechazada como en nuestro tiempo y, sin embargo, la muerte no es el último instante de la vida biológica, sino que se extiende a todo nuestro destino. Más aún, reinterpretada por el mismo Dios, la

muerte se torna bienhechora; ella pone fin al pecado y favorece la toma de conciencia de lo que somos verdaderamente; ella es el hecho más profundo de la misma vida y encara al hombre con el problema del sentido. La muerte, asumida voluntariamente por Cristo, se convierte en camino de renovación y vida para nosotros, de liberación final. De tal modo que, el progreso de la fe no es otra cosa que vivir, continuamente, esta experiencia de muerte y de vida, insertos en el Cuerpo místico del Resucitado. En efecto, es en la oración y la eucaristía donde experimentamos esta auténtica comunicación.

Sin ignorar el tremendo misterio del infierno, en el que emerge el enigma de la humana libertad, por la que el hombre acepta o rechaza el don gratuito de Dios, el autor no deja claro en qué consiste y si, de hecho, existe semejante condenación. Apelando a la esperanza y a la bondad de Dios, al final parece como si el posible juicio se diera dentro de cada uno y, por supuesto, no con carácter definitivo: “El hombre así deificado será el sol del cosmos. La tierra, vuelta celestial, será el centro del universo” (p. 120).

Termina el libro con dos Notas y un Envío. En la primera, *sobre la Reencarnación*, el autor reflexiona sobre algunas de las afirmaciones de la Nueva Era, reconociendo cómo muchas de sus expresiones, aparentemente asiáticas, en realidad son occidentales, judeo-cristianas. Precisamente, a la luz de esta tradición, sobre todo de la religión cristiana, la visión dualista del cuerpo se transforma en una consideración unitaria del ser humano. La idea del *karma* es sustituida aquí por la ley de la gracia sobrenatural; la de la muerte por la resurrección de la humanidad entera, comunión de los santos, en la victoria final del Cristo glorioso.

La segunda Nota es *sobre el Suicidio*, un hecho que aumenta en nuestros días, sobre todo entre los jóvenes. También aquí el trasfondo es la tradición bíblica, en la que el suicidio se considera como el rechazo a la vocación divina, humana y cósmica también. Más que a la desesperación, piensa el autor, el suicidio responde al deseo de acabar con el instante tenebroso de la vida. Tres son los factores que se esconden detrás: la ausencia de sentido (el sufrimiento, la soledad o la desilusión son expresiones de ello), la pulsión de muerte (rebelión inconsciente contra el nacimiento, contra la vida propia y la del otro) y una suerte de narcisismo (vana pretensión de un heroísmo soberbio). Sin banalizar o idealizar el suicidio, el reconocimiento de que la vida no nos pertenece es su radical condena. En este contexto ambiental, cuánto urge recuperar una ética del amor y la creación, una cultura de la gratuidad y la victoria de Jesús (p. 138).

El *Envío* final es una invitación a reconocer que estamos impregnados de aquellas chispas de la gracia que nos acercan a la gloria de la resurrección. La vida en el Espíritu transforma y vivifica nuestro cuerpo, cuerpo biológico convertido ahora en cuerpo personal, cuerpo del mundo que se hace comunión en la Iglesia. La llama del Espíritu transforma también nuestra actitud ante la muerte, ante la vida... eterna.

He aquí, a grandes rasgos, el contenido de esta hermosa meditación sobre la realidad corporal del ser humano que, transfigurada por el cristianismo, alcanza una insospechada novedad que ofrecer al mundo de hoy. Con las salvedades ya indicadas, puntualizaciones que se puede –y debe– hacer al autor, desde la moral católica

(no olvidemos que él no lo es), creo que la lectura del libro ha de resultar, sin duda, sugerente y provechosa.

Juan Carlos García Jarama – San Basilio, 26 – E14004 Córdoba

GRANADOS, J. – KAMPOWSKI, S. – PÉREZ-SOBA, J.-J., *Acompañar, discernir, integrar. Vademécum para una nueva pastoral familiar a partir de la exhortación Amoris laetitia* (Grupo Editorial Fonte, Burgos 2016). 156 pp. ISBN: 978-84-8553-813-5

Tres profesores del Instituto Juan Pablo II para estudios sobre matrimonio y familia: dos teólogos españoles (José Granados y Juan-José Pérez-Soba) y un filósofo alemán (Stephan Kampowski), nos ofrecen en este volumen un vademécum “para una nueva pastoral familiar”, a partir de la exhortación apostólica post-sinodal *Amoris laetitia* (AL).

Con este documento, el papa Francisco no ha querido cerrar “todas las discusiones doctrinales, morales o pastorales” (AL 3), mediante una intervención magisterial de carácter definitorio, sino más bien “abrir un proceso”, admitiendo abiertamente que podrán existir “distintos modos de interpretar algunos aspectos de la doctrina o algunas consecuencias que se derivan”. En efecto, la recepción del texto no está siendo sencilla, y en la multiplicidad de interpretaciones, algunas resultan diametralmente opuestas o incompatibles entre sí. Esta diversidad hermenéutica obliga a no contentarse con una primera lectura superficial, simplificadora, y no pocas veces manipuladora, como la que ofrecen en ocasiones los grandes medios de comunicación. El mismo Papa Francisco no aconseja lecturas apresuradas del documento (AL 7).

La motivación que mueve a los autores de este volumen es que dado que las cuestiones prácticas que se han suscitado no pueden esperar, resulta sumamente conveniente ofrecer a confesores, obispos, y familias comprometidas en la pastoral un modelo de acción plausible. Este vademécum se dirige sobre todo a ellos, y lo hace con honestidad y claridad, poniendo a disposición del lector una guía de lectura del controvertido capítulo VIII. Los autores siguen el orden interno de este capítulo octavo (marcado por los verbos acompañar, discernir, e integrar), aunque cambiando el orden de los dos últimos verbos, anteponiendo en su explicación la integración al discernimiento. De hecho, el discernimiento puede ser adecuadamente entendido únicamente a la luz de los precedentes dos pasos que, a decir verdad, también se presentan en el conjunto de la exhortación, aunque encuentren menor atención precisamente dentro del capítulo VIII.

La primera parte del vademécum se dedica a explicar el significado del acompañamiento. La etimología del verbo acompañar está relacionada con compartir el